

Ricardo Piglia

# Formas breves



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

## Un cadáver sobre la ciudad

El cadáver de un hombre, un hombre que había sido asesinado, yacía en el suelo de la ciudad. El cuerpo estaba frío y rígido, y los ojos estaban cerrados. El asesino había huido, dejando el cuerpo en el suelo. La ciudad estaba en silencio, y todos los ojos estaban puestos en el cuerpo. El asesino había huido, dejando el cuerpo en el suelo. La ciudad estaba en silencio, y todos los ojos estaban puestos en el cuerpo.

El cadáver de un hombre, un hombre que había sido asesinado, yacía en el suelo de la ciudad. El cuerpo estaba frío y rígido, y los ojos estaban cerrados. El asesino había huido, dejando el cuerpo en el suelo. La ciudad estaba en silencio, y todos los ojos estaban puestos en el cuerpo. El asesino había huido, dejando el cuerpo en el suelo. La ciudad estaba en silencio, y todos los ojos estaban puestos en el cuerpo.

El cadáver de un hombre, un hombre que había sido asesinado, yacía en el suelo de la ciudad. El cuerpo estaba frío y rígido, y los ojos estaban cerrados. El asesino había huido, dejando el cuerpo en el suelo. La ciudad estaba en silencio, y todos los ojos estaban puestos en el cuerpo. El asesino había huido, dejando el cuerpo en el suelo. La ciudad estaba en silencio, y todos los ojos estaban puestos en el cuerpo.

Una tarde Juan C. Martini Real me mostró una serie de fotos del velorio de Roberto Arlt. La más impresionante era una toma del féretro colgado en el aire con sogas y suspendido sobre la ciudad. Habían armado el ataúd en su pieza, pero tuvieron que sacarlo por la ventana con aparejos y poleas porque Arlt era demasiado grande para pasar por el pasillo.

Ese féretro suspendido sobre Buenos Aires es una buena imagen del lugar de Arlt en la literatura argentina. Murió a los cuarenta y dos años y siempre será joven y siempre estaremos sacando su cadáver por la ventana. El mayor riesgo que corre hoy su obra es el de la canonización. Hasta ahora su estilo lo ha salvado de ir a parar al museo: es difícil neutralizar esa escritura, se opone frontalmente a la norma de hipercorrección que define el estilo medio de nuestra literatura.

Hay un extraño desvío en el lenguaje de Arlt, una relación de distancia y de extrañeza con la lengua materna, que es siempre la marca de un gran escritor. En este sentido nadie es menos argentino que Arlt (nadie más contrario a la «tradicción argentina»): el que escribe es un extranjero, un recién llegado que se orienta con dificultad en el vértigo de una ciudad desconocida. Paradójicamente, la realidad se ha ido acercando cada vez más a la visión «excéntrica» de Roberto Arlt. Su obra puede leerse como una profecía: más que reflejar la realidad, sus libros han terminado por cifrar su forma futura.

Los relatos de Arlt (y en especial los extraordinarios cuentos africanos, que son uno de los puntos más altos de nuestra literatura) confirman que Arlt buscó siempre la narración en las formas duras del melodrama y en los usos populares de la cultura (los libros de divulgación científica, los manuales de sexología, las interpretaciones esotéricas de la Biblia, los relatos de viajes a países exóticos, las viejas tradiciones narrativas orientales, los casos de la crónica policial). La fascinación del relato pasa por el cine de Hollywood y el periodismo sensacionalista. La cultura de masas se apropia de los acontecimientos y los somete a la lógica del estereotipo y del escándalo. Arlt convierte ese espectáculo en la materia de sus textos. Sus relatos captan el núcleo paranoico del mundo moderno: el impacto de las ficciones

públicas, la manipulación de la creencia, la invención de los hechos, la fragmentación del sentido, la lógica del complot.

Arlt es el más contemporáneo de nuestros escritores. Su cadáver sigue sobre la ciudad. La poleas y las cuerdas que lo sostienen forman parte de las máquinas y de las extrañas invenciones que mueven su ficción hacia el porvenir.